al Marqués. Adios, amada madre mia; quedo en una situacion muy penosa, y preveo un sin número de desgracias. Necesitaria de vuestra presencia para aclarar la turbacion de mi corazon.

CARTA XXI.

RESPUESTA.

Tu me asustas, hija mia: Tienes sospechas, temores, me los dejas entrever, y titubeas en abrir enteramente tu corazon á la mas tierna de todas las madres. En vano he buscado el sentido de tus últimas palabras; pues veo que temes faltar á lo que debes al Marqués comunicándome alguna cosa que toca á él. Pero piensa, hija mia, en el uso que yo haré de tu confianza. ¿Acaso no podria yo curar esas sospechas que discurres carecen de fundamento? ¿No podria yo, si son fundadas, suministrarte modos de remediar los males que ellas te pronostican, ó ayudarte á lo ménos á hacer un buen uso de ellas? La Providencia, que hasta ahora te ha conducido como por la mano, tal vez quiere probar tu virtud, y sembrando algunas amarguras entre las felicidades de que has sido colmada hasta el presente, demostrarte que no es la tierra donde podemos

esperar una felicidad sin límites. Yo estaré inquieta hasta que me digas lo que te asusta, y te conjuro á que lo hagas inmediatamente que hayas recibido mi carta.

No me admira lo que me dices de esas damas, y no hubiera sido yo engañada por su hipocresía, porque tu padre, que las conoce perfectamente, me habia puesto en estado de conocer su carácter. ¿Te estremecerías, mi querida hija, si pudieses penetrar todas las causas de su desarreglo; puede mirarse como la principal la supersticion, y hasta que estremo no reina en esa parte de la Italia? La corrupcion de los frailes está ahí en su último periodo; ¿será acaso estraño que estas guias ciegas conduzcan á los otros al pricipicio? Interesados en justificar los excesos á que se entregan, lo hacen en perjuicio de la Religion, que desfiguran, y la dejan ignorar los pueblos, mientras les sustituyen prácticas vanas, en las que hacen consistir todo el cristianismo. Te confesaré que estaria poco adicta á la fé en que he nacido, si no la hubiese conocido mas que en el pais en que tú estás; y que estoy algunas veces tentada á rehusar el nombre de cristianos á la mayor parte de esas gentes. Esto me hace acordar de un caso bien singular. Habiendo tomado gusto un mahometano por la religion cristiana, se lo dijo á un

sacerdote Turco, que era su amigo. Este, sin combatir su inclinacion, le exhortó á que ántes de determinarse á abrazarla, viajase por alguna de las partes de Italia, en lo que el otro consintió. Quedó horriblemente escandalizado de la conducta de los eclesiásticos, y he aquí lo que escribió á su amigo: *Yo me hago cristiano, plenamente convencido de que la religion de Cristo es divina, pues ha podido conservarse á pesar de la mala conducta de los que aquí la predican.*

Esta es la conclusion que debes sacar, querida hija mia, de los excesos que tan justamente te escandalizan. La relajacion de los ministros que enseñan una religion, no puede servir de prueba contra ésta, cuando ella misma condena estos desórdenes. ¿Pero no admiras tú dónde me ha conducido el libertinage de las señoras Piamontesas? Ellas se diferencian poco de las mugeres del gran mundo en todos los paises. La córte es un lugar donde se hacen máximas cómodas; pero no se permite mas que á las mugeres del primer rango valerse de ellas: solo ellas pueden impunemente ser galantes; pero en ese pais la corrupcion se estiende hasta las condiciones mas bajas. No temas singularizarte en esto: hija mia, el solo amor propio es capaz de empeñar una persona sensata á seguir el consejo que te doy. Los libertinos,

que se mofarán de tí en público, te respetarán en el fondo de su corazon mal que les pese; porque este es un tributo que se ven ellos mismos obligados á rendir á la virtud cuando es sincera y sin gazmoñería.

Nada te digo por lo que hace á tu hermana, y descanso enteramente en tí del cuidado de conducirla. El pobre Conde me da lástima, pero el Marqués es demasiado hombre de bien para valerse contra tí de una pasion que jamás has fomentado. Yo te repito, mi adorada hija, que tengo gran necesidad de una explicacion sobre este artículo; en vano he querido distraerme; bien conocerás leyendo esta carta, que al escribirla no estaba en mí. Estoy tan persuadida á que ella está sin órden, que no la volveré á leer por miedo de ser tentada á rasgarla.

CARTA XXII.

DE LA MARQUESA D.*** A MADAMA DE MONTIER.

Mi venerada madre: ¡Qué no me cuesta el manifestaros mi corazon! La necesidad que tengo de vuestros consejos ¿puede escusarme una confianza que va á deshonrar á mi esposo á vuestros ojos? ¡Que no pueda yo, víctima de los ma-

les que su inconstancia me prepara, ocultarla á todo el universo! Pero en las circunstancias que me hallo, necesito un guia; y esto es lo que me determina á depositar en vuestro seno las penas que me agovian.

Hace ya algun tiempo que habia creido descubrir tibieza en mi esposo. Sus cuidados por mí eran siempre los mismos; ¡pero qué fácil son de distinguir las atenciones que nacen del corazon, de aquellas que no tienen otro orígen que el deber y bien parecer! Llena de estimacion por el Marqués, me he acusado cien veces de injusta respecto á él; pero há dos dias que conozco, sin poder dudarlo, mi desgracia y su debilidad.

Me hablaron hace seis meses de una muchacha de buen nacimiento, cuya fortuna acababa de ser arruinada por la pérdida de un pleito. Era tanto mas digna de lástima, cuanto que habiendo sido criada en la opulencia no tenia ninguna habilidad para procurarse lo necesario para la vida. Mostré algun deseo de verla, y las personas que se interesaban por ella, me la presentaron al dia siguiente. Quedé prendada de su fisonomía: la inocencia, la modestia y el candor, estaban pintadas en su rostro; no tenia mas que veinte años, y acababa de perder á su madre, á quien el pesar habia conducido al sepulcro. Todas estas

circunstancias me enternecieron; y temiendo por ella los peligros á que espone la estrema indigencia á una jóven inesperta, la propuse quedarse á mi lado hasta que encontrase yo ocasion de colocarla ventajosamente. Aceptó mi proposicion con unos transportes de reconocimiento, que se redoblaron cuando vió el modo con que se la trataba en mi casa. Consideraba yo menos lo que era, que lo que habia sido, y la distinguia de mis doncellas lo bastante para causarlas envidia. A la envidia de una de ellas, es á lo que debo las funestas luces que voy á comunicaros. Prendado el Marqués de esta jóven, la ha seducido con sus liberalidades; la ha hecho esperar un estado brillante, y hace ya dos meses que vive con ella en la mas estrecha intimidad. Aunque estaba yo cierta de la tibieza de mi esposo, no habia jamás descubierto el objeto de su nueva pasion, y trataba de calumniadora á la que me descubrió este enredo; pero ella se habia precavido contra mi incredulidad, y me ha dado pruebas tan claras de lo que me decia, que no me ha sido posible dudar de ello. Mi primer cuidado fué el imponer á esta muger un silencio inviolable, amenazándola con mi indignacion si dejaba evaporar la menor cosa. ¿Qué sucederia, Dios mio, si el Marqués tuviese que avergonzarse delante de

otros que de mí? Despues de haberme asegurado por esta parte, supliqué á esta muger que me dejase sola, y habiéndome encerrado en mi gabinete, me abandoné á las mas dolorosas reflexiones. No es la injusticia de mi esposo respecto á mí lo que mas me oprime; no, mi querida madre, por grande que sea mi amor á él, yo le perdonaria de buena gana su inconstancia, si no ultrajase á nadie mas que á mí; pero no puedo sostener la idea del daño que se hace á sí mismo, Me estremezco al pensar en el crímen de que se ha hecho culpable, seduciendo á una muchacha inocente, que yo habia llevado á su casa como á un sagrado asilo. Tiemblo al reflexionar las resultas de su delito. ¿En qué vendrá á parar esta desventurada criatura? ¿Qué conducta observaré con ella? No puedo tenerla en mi casa sin hacerme en algun modo su cómplice. ¿Pero qué pretexto podré tomar para deshacerme de ella? ¿Lo sufrirá el Marqués? Y el obstáculo que yo opondré á su pasion, ¿No le dará nuevas fuerzas? ¿No encontrará él medios de verla en cualquier lugar á que yo la haga conducir? Por otra parte, ¿Puedo contar con la docilidad de esta desgraciada? ¡Pobre muchacha! Mi compasion te ha llegado á ser muy funesta. ¡Dios mio! Adoro vuestros juicios; pero castigad en mí sola el crímen de mi esposo; descubridle el horror de la situacion en que vive; volvedle aquella inocencia de costumbres en que vivia hace algunos años. Lo que me admira es el secreto con que el Marqués se ha manejado en este lance; jamás manifestó la menor atencion con esta muchacha, que por su parte nunca ha puesto los ojos en él á presencia mia: su esterior es siempre el mismo, y no alcanzo cómo no se manifiesta en su semblante la agitacion que debe causarla el pensamiento del delito de que se hace reo para con Dios y para conmigo. Adios, querida madre mia; espero vuestra respuesta con una impaciencia igual á mis necesidades, y hasta que la haya recibido, en nada mudaré mi conducta por el temor en que estoy de cometer alguna imprudencia. Quedo &c.

CARTA XXIII.

RESPUESTA A LA PRECEDENTE.

¡Cuánto me alegro, pobre hija mia, de la resolucion que has tomado de confiarme tus penas! Cuanto mas cruel es tu estado, mas necesidad tienes de consuelo y de consejos. Apruebo no obstante la repugnancia que tenias en hacerla. Una muger virtuosa debe esforzarse para ocultar

á los ojos del público, y aun á los de sus mas caros amigos, las debilidades de su esposo. Solo la necesidad que tienes de tomar consejos útiles para circunstancias tan difíciles, puede justificar la confianza que me has hecho de ellas, y debes contar por mi parte con un silencio inviolable. Has obrado prudentemente en imponérselo á tu criada; todo estaba perdido si el Marqués pudiese sospechar que sabias su aventura. Él te respeta aun bastante para poner todos sus cuidados en ocultártela; y mientras permanezca en esta disposicion, tienes suficiente motivo para esperar una feliz vuelta. Los placeres que proporciona un comercio semejante, son turbados por los remordimientos; á éstos sigue el disgusto, y la mayor parte de estos empeños no deben su duracion sino al mal humor de las mugeres, que tienen la imprudencia de querer romperlos violentamente. Siempre que la decencia lo permita, se deben cerrar los ojos. Un esposo que se cree dispensado de la necesidad de hacer reparaciones, tiene menos repugnancia en volver á entrar en el camino de su obligacion; y otro se quita la máscara, y da abiertamente en el desórden, porque desespera recobrar el corazon de una esposa demasiado instruida de los ultrajes que la ha hecho. Sé que te ha de ser muy doloroso ver profanada tu casa;

pero, como tú misma adviertes muy bien, nada ganarias con dar una campanada; y el Marqués sabria buscar medios de ver á esa muchacha, sea cual fuere el partido que acerca de ella tomases. Nada hay que esperar de esa infeliz; y yo no creo hacer un juicio temerario, asegurándote que no es este su primer ensayo. El primer delito produce remordimientos, que no son compatibles con la tranquilidad que ella goza. Tú acusas al Marqués de haberla seducido, y puede ser que ella haya sido la seductora. Esas apariencias de simplicidad y de modestia, son un grande atractivo para los hombres; pero no siempre son prueba de la inocencia de costumbres. En una palabra, esa jóven hace con demasiada destreza su papel, para que solo podamos sospechar en ella una debilidad. Es una diestra cómica, y el Marqués se avergonzará algun dia de haber sido el objeto de su burla. Interin llega este feliz momento, hé aquí lo que te aconsejo que hagas. No mudes con ella de conducta; pero procura con maña penetrarla. Si me he equivocado en mis conjeturas, y si realmente tu esposo la ha seducido, tú la debes toda tu compasion, y nunca harás nada de mas; pero si á pesar de su juventud es una de aquellas mozuelas, que fingen simplicidad, no esperes hacerla entrar en sí

misma, y no emplees tus cuidados sino en procurar la mudanza de tu esposo. Aparenta redoblar tu amistad hácia esa muchacha, y propon al Marqués el establecerla; y del modo con que reciba esta proposicion, podrás inferir hasta dónde llega el amor que la profesa. Si algunas circunstancias no previstas descubren el misterio, guárdate de mostrar al Marqués resentimiento alguno, y mucho menos de llegar á darle quejas. Conozca él toda la amargura de tu corazon, pero que la adivine: ni uses de otro idioma que de tus lágrimas y caricias. Si te parece estar arrepentido, sienta él la alegría con que le prometes olvidarte de lo pasado, y lo poco que mereces la injuria que te ha hecho. No le muestres digusto alguno contra la infeliz cómplice de su crímen; empéñale mas bien á que la suministre los medios de renunciar á él. Si el Marqués por una ceguedad, de que no le creo capaz, perseverase en el desórden, y se entregare á él sin pudor, no tendrias otro recurso que la dulzura y la paciencia. Deberias dejarle ver toda tu tristeza, y esperar del cielo su mudanza. De él es, querida hija mia, de quien debes esperar su socorro, pidiéndoselo sin cesar.

Nada me dices de tu salud, temo por tí el abatimiento y pesar en las circunstancias de un em-

barazo adelantado. Acuérdate, hija mia, de lo que debes á tu familia. Hay pocas mugeres que no hayan experimentado los quebrantos de que te hallas oprimida. Escríbeme cuanto ántes puedas, y cuenta con que muy sinceramente entro á tomar parte de tus penas.

CARTA XXIV.

DE LA MARQUESA D.*** Á MADAMA DE MONTIER.

Madre mia: Me apresuro á escribiros no obstante mi debilidad, porque en las actuales circunstancias os causaria mi silencio demasiada inquietud. Despues que os escribí mi última carta, me desazoné muchísimo, y al dia siguiente padecí los mas vivos dolores. El médico avisó á mi marido que estaba mala, y que iba abortar. Pareció sentir vivísimamente mi situacion, y por espacio de veinticuatro horas que me mantuve en un contínuo riesgo, dió señales de desesperacion, que me es imposible conciliar con la certidumbre que tengo de su infidelidad. ¡Ah, madre de mi alma, cuán incomprensible es el corazon del hombre! No puedo dudar que el Marqués me ama, conozco su carácter, y sé que no cabe en él la bajeza de fingir

un sentimiento que realmente no tuviese: el suyo fué tan vivo y tan natural, que me lisonjeé en estas veinticuatro horas de haber recobrado todos mis derechos sobre su corazon. El gozo que esta esperanza me causó, ha contribuido sin duda mas que nada á mi infeliz parto, y me ha consolado de la muerte de mi hijo, que solo sobrevivió algunos instantes á su bautismo. Yo bendecia mis dolores: pero mi alegría pasó como un relámpago. Mi rival habia mostrado mucho interés en mi alivio. Por grande que fuese mi repugnancia en admitir sus cuidados, ya habia hecho á Dios el sacrificio de ella igualmente que el de mi vida. Una hora despues de mi parto, mi esposo, cuyo regocijo se manifestaba del modo mas sensible, se arrodilló delante de mi cama, y bañaba una de mis manos con sus lágrimas, que no habian cesado desde el momento en que se empezó á temer de mi vida. No pudo mi rival sostener este espectáculo; ella se desmayó y al instante se descubrió el corazon del Marqués: ¡con qué viveza voló á socorrer á esta desgraciada! ¡Cuál fué su inquietud, cuando habiendo esta jóven recobrado el uso de sus sentidos, le desechó con una especie de horror! Ví que inmediatamente, y sin que mi presencia le detuviese, se iba á echar á sus piés: la agitacion

que le causaba el temor de haberla desagradado, me hubiera abierto los ojos, aun cuando nada hubiese sabido. Me recogí un momento para encomendarme al Señor; y reuniendo todas las fuerzas de mi alma, tuve la bastante para hacer poner á esta criatura al lado de mi cama, acariciarla, y decirla que atribuia su indisposicion á las fatigas que habia tenido en estas veinticuatro horas, y á la inquietud que la habia causado mi situacion. La propuse despues irse acostar, pero ella temerosa al parecer de dejarme sola con mi esposo, me conjuró que la permitiese permanecer en mi cuarto. Bastante habia visto, madre mia; pero soy ingeniosa en aumentar mis penas: fingí querer descansar, y despedí á todos, ménos á mi marido y á esta muchacha, que se separaron de mi cama, y despues de haber corrido cuidadosamente las cortinas, se sentaron á la lumbre. Esta jóven tenia la cabeza inclinada sobre una de sus manos, y como estaba vuelta de espaldas hácia mi cama, no pude ver los movimientos de su cara, pero los del Marqués no se podian equivocar. Cuando me creyó dormida, se puso á los pies de esta muchacha; permaneció largo rato en esta postura, y en todo este tiempo estaba pálido, tembloroso, agitado, y la hablaba con accion, pero en tono muy bajo. Sin

duda que consiguió sosegarla, porque ella le dió su mano, y él la besó con los mas vivos transportes. Algunos movimientos que hice, pusieron fin á esta escena para mí tan dolorosa. No puedo ya dudar de mi desgracia, y veo que los temores que el Marqués tuvo de mi vida, habian sido únicamente efecto de la compasion. A medida que mi salud se restablece, sus atenciones hácia mí son ménos vivas, ménos naturales, y una mirada que al tiempo de hacérmela dirige á mi rival, parece advertirla que nada tiene que temer. Al quinto dia de mi parto recibí vuestra respuesta, y me alegro infinito de haberme manejado como vos me lo mandais. Hoy que ya me he recobrado, y que solo me queda un poco de debilidad, he propuesto á mi esposo el establecimiento de esta jóven segun vuestro consejo; ella se hallaba presente, y á él se le mudó el color esperando su respuesta. Tomé por pretexto el reconocimiento que me inspiraba el cuidado que de mí habia tenido; y ella me aseguró que no pedia otra recompensa, que el permanecer conmigo todo el tiempo que yo me dignase admitir sus servicios. Este discurso volvió la vida á mi esposo: él me dió lástima, madre mia, y yo me echo en cara la inquietud que le causé. Tengo otra de nueva especie. Mi esposo ha tenido, segun parece, ménos reserva durante mi convalecencia; mi hermana es sagaz, y yo noto que cuando habla de mi rival, está de mal humor contra ella. Las miradas del Conde me dicen tambien que él ha penetrado este funesto secreto; pues no puede poner los ojos en esta muger sin indignarse. El pobre Conde no ha dejado mi antecámara todo el tiempo que he estado en peligro, y actualmente no sale de mi cuarto. He querido hacer presente al Marqués que podria interpretarse mal una continuacion semejante; pero se burló de lo que llama aprensiones mias, y gozoso de tener tiempo de hacer sus escapatorias, exhorta á su amigo á que me acompañe, haciéndolo de manera que me quiere persuadir conoce le sirve en ello. Esto seria para mí el colmo de mis desgracias; mi esposo se perderia sin poder yo volver á recobrarle, si él pudiese imaginar que la pasion del Conde fuese capaz de consolarme alguna vez de su fidelidad. ¿Me estimaria tan poco que me creyese poder tomar una venganza semejante? Este pensamiento me oprime. La muger que me ha descubierto el enredo del Marqués, se atreve abusar de la obligacion en que estoy de mirar por ella; la pasion del Conde no se la ha escapado, ¿y quién sabe si él mismo, abusando de las

desgraciadas circunstancias en que me hallo, no se la ha descubierto? De cualquier modo que sea, ella acaba de aconsejarme que procure atraer el corazon de mi esposo dándole zelos. No permita Dios, añadió, que yo os aconseje nada contrario á la virtud. No, señora, conozco demasiado bien la vuestra: ¿pero no podríais vos sin delito fingiros sensible á las solicitaciones del Conde? El os ama, yo no puedo dudar de ello; el Marqués se duerme en vuestra posesion, porque no ha sentido jamás el temor de perder vuestro corazon. ¡Cuánta violencia me ha costado, querida madre mia, el reprimir la cólera en que me puso el discurso de esta muger! lo conseguí no obstante con la ayuda del Señor, que proporciona sus socorros á la necesidad que tengo de ellos, y me siento con un valor muy superior á mis fuerzas naturales. Adios, madre mia, estad sin cuidado alguno por lo que hace á mi salud, porque nada hay ya que temer.

CARTA XXV.

RESPUESTA.

Dios sea bendito, pobre hija mia, que no abandona á los que le sirven, y le temen de todo corazon. Aun cuando hubiera dudado de esta verdad toda mi vida, seria convencida de ella actualmente por tu ejemplo: bendice sus grandes misericordias para contigo, pues si ejercita hoy tu virtud, es para despues coronarla con mas gloria. Tú saldrás victoriosa de este combate; la conducta del Marqués lo anuncia: te estima, hija mia, te ama. Una violenta pasion le arrastra ahora; pero estos movimientos no son de tal naturaleza que duren mucho; tú le verás muy pronto á tus pies lamentarse, llorar su ceguedad, y reparar por su conducta los pesares que te da al presente. Sus sentimientos por tí existen en el fondo de su corazon, y esa criada discurre bien, pensando que los celos los despertarian; pero por eficaz que sea este medio, es indigno de tí. Reanimaria seguramente el corazon de tu esposo, porque tal es el hombre, que no conoce el precio del bien que posee hasta que está en peligro de perderle; pero tú perderias su estimacion, ó á lo menos merecerias perderla. El modo de manejarse una coqueta, no es para una muger virtuosa, que debe esperar el remedio á sus males del tiempo y de la paciencia. Creo que no haces justicia al Conde en sospechar que ha hecho obrar á esa muger. Es demasiado prudente para servirse de semejantes medios; sin embargo,

está sobre tí, evita declararte sobre este artículo, y vela sobre tu corazon. Una muger virtuosa siente desde luego con viveza la injuria que la hace un esposo infiel; pero insensiblemente se vá acostumbrando: llega algunas veces hasta despreciarla, y acaba por una venganza que no hiere mas que á ella, y que autoriza al marido para permanecer en el desórden. Creo al tuyo muy distante de la complacencia de que le sospechas respecto al Conde. Se cree seguro de tu corazon: su confianza se funda en tu virtud, y con sentimientos semejantes no puede ser su tibieza de larga duracion. Soy de tu mismo parecer en punto á que tu hermana tiene penetracion, y me agrada su cólera contra la desgraciada que causa tus inquietudes; pero ella es demasiado mirada para dejárselo penetrar al Marqués. Esto es lo único que importa. No puedo aprobar la estratagema de que te has servido para ser testigo de la escena que me has contado. Fué mucha imprudencia buscar motivos, en el estado en que estabas, para redoblar tus penas, y despues te ha costado una mentira. Una conducta recta y sensilla es el solo camino por donde te es permitido andar: él te conducirá infaliblemente á la puerta del laberinto en que estás metida.

Me confirmo en el juicio que me hizo formar

tu primera carta. Esa pretendida inocente es una astuta coqueta; su modo de proceder durante tu enfermedad me lo prueba; la curacion del Marqués será un poco mas larga, pero tambien será radical. ¡Cuánto se avergonzará de haber sido la mofa de esos aires inocentes! Adios, amada hija mia, cuida de tu salud, y está atenta á las circunstancias; la Providencia te proporcionará sin duda algunas favorables, y te inspirará el modo de aprovecharte de ellas.

CARTA XXVI.

DE LA MARQUESA A SU MADRE.

Madre mia estimadísima: Mi salud está enteramente recobrada; pero mis inquietudes se aumentan de tal modo, que temo me falte la fuerza para sostenerlas. Mi rival está tan mudada, que no se le conoce. Ya no es aquella muchacha sumisa y dócil á todo lo que yo la mandaba: es una muger imperiosa con todos los demás criados, insolente conmigo, y libre con el Marqués hasta lo sumo. Toda la casa está escandalizada de sus procederes, y sola yo soy la que finjo no conocerlos. Ayer me faltó al respeto de un modo tan grosero, que obligó á llorar á mi hermana, al Con-